
Empezó con un peso y terminó con algo más...

Jaime Navarro Saras

Pedagogo. Editor de la Revista Educ@rnos. jaimenavs@hotmail.com

Eran esos tiempos donde se empezaban a construir caminos y abrir puertas para ir entendiendo la vida, de esas épocas añoradas en que la juventud lo podía todo y los sueños llegaban a raudales, de esas opciones en que del arte brinqué al magisterio, más por necesidad que por gusto, de pintar lienzos y actuar en pequeñas obras a enseñar artes a niños y niñas del centro de Zapopan, Jalisco, sin plaza, sin contrato o como actividad meritoria para obtener empleo en el magisterio, sólo un acuerdo con quien fungía como directora a cambio de recibir un peso de cada estudiante durante tres horas a la semana los días miércoles.

Pues sí, así inició mi vida en el magisterio, un peso de esos que te alcanzaban para pagar un pasaje (con descuento de estudiante) en los camiones urbanos de la zona metropolitana de Guadalajara allá por 1978, en total juntaba entre 25 y 30 pesos por un grupo que me tocaba atender, lo cual significaba mucho para quien sólo recibía unos cuantos pesos para subsistir como estudiante en una de las doce escuelas que formaban instructores de arte y que llegó a Guadalajara y a otras ciudades de la república mexicana allá por 1976, los CEDART.

El trajín al andar ensayando el magisterio en colegios, secundarias abiertas y Normales particulares tardó unos cuantos años hasta que llegó una plaza en las escuelas federales, empecé a gozar y disfrutar de la seguridad económica y la estabilidad laboral que dan los trabajos en escuelas públicas, nada más lo da para quienes nos dedicamos a la docencia, de una manera u otra y al margen de los salarios limitados, trabajar para la educación pública implica por lo menos dos cosas: se trabaja con personas comunes y el impacto que estas escuelas tienen con los estudiantes es altamente significativo, sobre todo para las personas que menos tienen y que asistir a la escuela es como una luz de esperanza para mejorar su condición social, económica, cultural y su visión de futuro.

Una de tantas muestras de amor que se le puede tener a la educación lo viví en una escuela nocturna al oriente de la zona metropolitana de Guadalajara, en la colonia Balcones de Oblatos, concretamente en la Escuela Secundaria para Trabajadores núm. 12, ésta se fundó en 1986 y se cerró en 1992, nació como una necesidad social para dar respuesta y cobertura a estudiantes que no alcanzaban espacio en las escuelas diurnas, a pesar de que éstas fueron creadas para atender a la población que trabajaba y era mayor de 15 años, en realidad los alumnos inscritos no cumplían con este último requisito, la mayoría eran menores de 15 años y, en cambio, casi todos tenían algún trabajo para llevar dinero a casa, los empleos iban desde peones de albañil, en labores domésticas, elaborando zapatos, como empacadores en las tiendas, boleros, lavacoches, cuidadores de niños y adultos, etcétera.

El trabajo docente con los estudiantes partía de sus realidades y limitaciones, al ser parte de los rechazados implicaba rezago educativo y cultural en la mayoría de ellos, el primer director que estuvo al frente lo resumía así –estamos en una escuela normal pero tenemos que bajarle a las exigencias porque vienen con muchas limitaciones, apenas saben leer y contar, por eso están aquí–, y así fue, nuestro propósito era despertarles el interés, la necesidad y el gusto por la escuela, que vieran en ella la posibilidad de salir adelante y evitar caer en los círculos delincuenciales comunes de entonces como el pandillerismo y los vicios con el alcohol, las drogas, los estupefacientes y los inhalantes.

Una de tantas experiencias gratas y que, a muchos de ellos les marcó su vida, fue una excursión en donde visitamos el centro de la ciudad de Guadalajara, principalmente los museos regional y Albarrán, la Catedral, Palacio de Gobierno, el Teatro Degollado y, para cerrar con broche de oro, el balneario Cañón de las Flores en el Bosque de La Primavera, para mi sorpresa y desconocimiento de lo que implican los aprendizajes significativos, una buena cantidad de estudiantes no conocían el Centro, nunca habían entrado a un museo y unos cuantos si conocían un balneario, las caras irradiaban felicidad y asombro, entre tantas anécdotas de la excursión, un grupo de alum-

nos desapareció en el balneario por un par de horas, los buscamos y cuando los encontramos gritaron al unísono –¡no encontramos el boiler con el que calientan el agua de las albercas!–, la maestra de ciencias naturales les explicó que por estar en una zona volcánica el agua salía hirviendo del suelo, eso detonó en un diálogo con cuestionamientos de los estudiantes a la maestra que aclaró muchas dudas, de ese tamaño fueron los aprendizajes producto del paseo, por supuesto que esa experiencia nunca se les olvidó y de esos grupos, que eran 4, con cerca de 100 alumnos, la mayoría continuaron estudiando e incluso se graduaron de la educación superior.

No recuerdo nunca más haber visto esas caras de asombro en los demás estudiantes que tuve a lo largo de mi vida laboral en educación básica, ni siquiera en los que aportaban un peso cada semana para hacerme la vida más fácil cuando me inicié en la docencia, sin embargo, ha sido grato para mí encontrar en el camino exalumnos que con el tiempo se convirtieron en gente de bien, con plan de vida y éxito. Ese tipo de cosas, para la mayoría de quienes nos dedicamos a la docencia nos dicen que nuestro esfuerzo ha valido la pena y de una manera u otra es nuestra aportación a la vida y en ello damos muestras de nuestro amor a la profesión, independientemente de la plaza, el contrato o, en mi caso, el peso que recibía de cada estudiante los días miércoles en la Escuela República Mexicana de Zapopan.